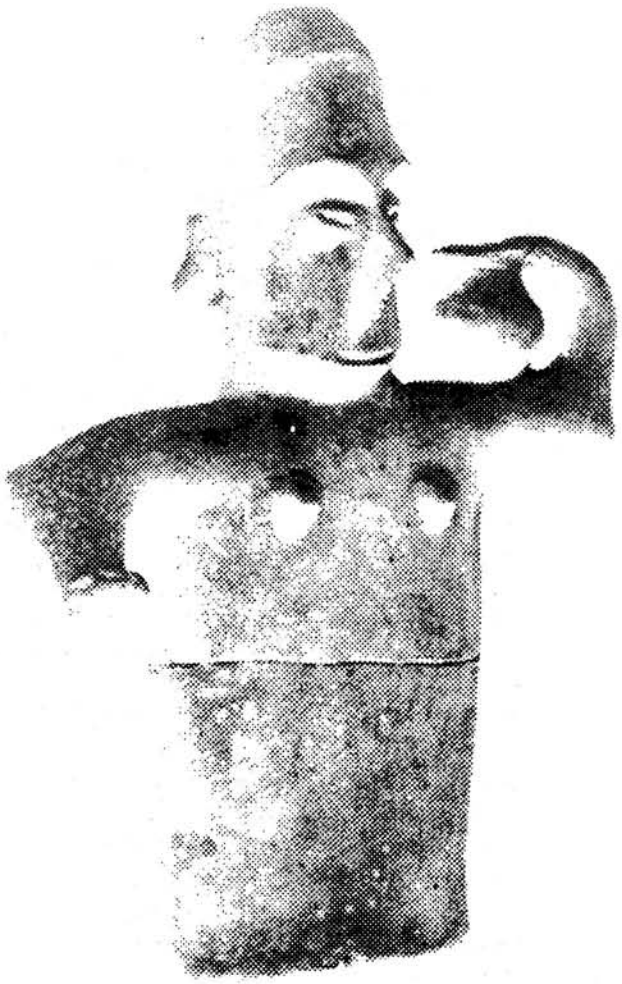


El álbum de la mujer. Antología ilustrada de las mexicanas

Enriqueta Tuñón Pablos
Volumen I, época prehispánica
Colección Divulgación, INAH
México, 1991, 176 pp.

Karla Ivonne Loya

El álbum de la mujer. Antología ilustrada de las mexicanas es una colección de cuatro volúmenes que recuperan la historia de las mujeres de México, rescatando sobre todo la vida cotidiana y "las múltiples manifestaciones de su existencia". Los títulos de los libros que conforman estas antologías son: la época prehispánica, la colonial, el siglo XIX y el porfiriato, y la Revolución Mexicana.

Enriqueta Tuñón nos da a conocer el primero de ellos, en el que nos muestra la cara humana de las mujeres prehispánicas, su forma de vivir cada día, recreándonos con un contexto rico en descripciones que nos hacen dejar volar la imaginación para situarnos en esas ciudades, en el momento en que la madre aconsejaba a la hija, cuando la mujer se preparaba para el parto o cuando se castigaba a aquél que osaba embriagarse.

La autora se basa en la recopilación y comentario de textos para reconstruir el papel de la mujer en la sociedad prehispánica, tan rígida y machista, en la que el rol que le tocaba desempeñar y su grado de participación estaban siempre subordinados a las funciones de los varones.

Tuñón nos brinda tres grandes espacios de la mujer indígena en los que nos va dirigiendo suavemente con sus puntos de vista para permitirnos captar en su totalidad el entorno social de los prehispánicos: ciclo de vida, moral social y ámbito público.

En el "ciclo de vida" nos da a conocer todo el protocolo indígena que se seguía en sus ceremonias, ya fueran éstas de petición o matrimonio, en las que están presentes las charlas que tenían las ancianas con los familiares de los prometidos; o los ritos que se hacían para el embarazo y el parto, con todos los preparativos que se hacían para esas ocasiones, como el darle a la mujer que iba a dar a luz "*cihuapactli* o bien cola de tlacuache molida y mezclada con agua", para ayudar al proceso de parto.

Después vienen los ceremoniales postparto, que iniciaban con el grito de triunfo de la partera cuando vencía a "la hora de la muerte" (el parto), y seguían con la felicitación a la mujer que acababa de dar a luz por parte de su propia madre; luego de esto se consultaba a los agoreros sobre la fortuna del recién nacido, tomando en cuenta el día y la hora de nacimiento del bebé, para observar y combinar los signos y declarar la buena o mala ventura del recién nacido. Finalmente, realizaban la ceremonia llamada "*tlacozolanquilo*, que

quiere decir posición o ponimiento de la criatura en la cuna".

La educación de los indígenas comenzaba con la crianza, en la que ponían gran vigilancia y cuidado; venía luego la educación doméstica, y finalmente la escolarizada, de acuerdo a la clase social de los padres del hijo o hija. A lo largo de toda su instrucción son importantes los consejos que les daban los padres a los niños y a las niñas para distinguirlos a unos de otras, para el buen comportamiento y para todo su desarrollo físico, moral y social.

En el segundo apartado, "moral social", se nos muestra todo lo relacionado con el tipo de moral que tenían los indígenas, sobre todo en cuanto a valores sobre sexualidad, parte fundamental de sus vidas; se hace hincapié en los consejos que los padres deben dar a sus hijos para que no busquen aventuras con mujeres, y en los que dan las madres a sus hijas para que sean mujeres decentes, haciendo notar que el sexo

> es uno de los dones divinos [...] en estrecho vínculo con el matrimonio y la procreación [...] es grato, es necesario, es terreno, es un don de la divinidad; pero su origen divino no lo hace absolutamente bueno, perfecto, limpio: su ejercicio libera fuerzas de impureza que dañan y manchan.

De esta forma la sexualidad es algo tremendamente controlado, prueba de ello es que los castigos para el adulterio son terribles: "el adulterio estaba penado con la muerte por machacamiento de cabeza; después los culpables eran arrastrados y finalmente arrojados y abandonados fuera del pueblo en alguna barranca".

Cabe hacer notar, sin embargo, que el adulterio no se castigaba igual en hombres y mujeres, y además dependía del estado civil de cada uno para decidir el castigo que se le daría; así, no era considerado adúltero el hombre casado que tenía relaciones con una mujer soltera; o como señala en otra obra Fray Gerónimo de Mendieta, que cuando un hermano moría, se usaba que otro de los hermanos tomara a la mujer o mujeres que su hermano hubiera dejado, aún con sus hijos, y así se iban haciendo diversas distinciones.

El adulterio junto con la embriaguez eran los dos delitos más graves entre los prehispánicos, estando este último como derecho único de los ancianos.

Un caso inusual es descrito en esta obra: el de una hermafrodita que se casa con un hijo de Xicoténcatl, quien tenía muchas mujeres como mancebas, de quienes la hermafrodita —de la cual nunca se menciona el nombre— comienza a enamorarse "y á usar del sexo varonil en tanta manera, que con el mucho ejercicio vino á empreñar más de veinte mujeres, estando ausente su Señor más de un año fuera de su casa", quien al regresar y darse cuenta de lo que sucedía, mandó darle un castigo ejemplar al culpable. Y a raíz de este suceso surgió el siguiente refrán entre los señores principales: "Guardaos del que empreñó las mujeres de Xicoténcatl y mirad por vuestras mujeres; si usan de los dos sexos, guardaos de que ellas no os empreñen".

Otra cosa notoria es el valor que se le da a lo masculino por encima de lo femenino, lo que repercute en todos los campos de la vida social, como el legal, la jerarquización social, el lenguaje, la existencia de la poligamia, y en general, en toda la vida social y familiar, quedando así la mujer subordinada a las decisiones del hombre.

En la tercera y última sección, "ámbito público", se nos muestran las funciones y costumbres de las mujeres de esa época, entre las que resaltan su manera de vestirse, peinarse y pintarse —siempre de acuerdo a su posición social—; sus oficios, que iban desde costureras, guisanderas, hilanderas, médicas, vendedoras en los mercados y otros más; y la participación que la mujer tenía en esas sociedades clasistas.

Se describen también los votos religiosos que las hacían pasar temporadas enteras al servicio de los templos, ya fuera para esperar el matrimonio o cumplir un determinado número de años sirviendo como sacerdotisas, o bien, para pasar toda la vida en esos servicios.

Enriqueta Tuñón nos regala una obra hermosa, que nos abre un mundo pocas veces explorado: el de las mujeres que se mueven día a día en un mundo regido por hombres, desempeñando un papel importante pero no reconocido, un rol impuesto por las reglas de los hombres y sustentado por la ideología religiosa prevaleciente —creada también por los hombres—; nos muestra la vida diaria de la mujer prehispánica.

Es un libro que puede ser leído por cualquier persona, debido al manejo de un lenguaje claro y a las explicaciones que la autora nos hace a lo largo del texto para hacerlo más comprensible y fácil de adentrarnos en él.◆